

1Re 17,1-6 • Sl 120 • Mt 5,1-12

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.»



Las Bienaventuranzas prometen la felicidad a quienes asumen las exigencias evangélicas, al tiempo que manifiestan que no faltarán las contradicciones, las privaciones, la incomprensión, las calumnias y toda clase de persecución. Debemos reconocer que se trata de una felicidad un tanto atípica, fundada en un sentido de plenitud no incompatible con el dolor que causan las propias limitaciones y las ajenas. La felicidad a la que se refieren las Bienaventuranzas no se centra en la ausencia de las dificultades o del dolor, sino en el sentido que damos a esas ausencias y esos dolores.

1Re 17,7-16 • Sl 4 • Mt 5,13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.»



.....

Ante la tendencia cultural que nos invita a un anonimato cómodo el Evangelio nos sale al paso y nos invita a ser luz y sal.


La observación final del texto que reflexionamos toca de lleno el aspecto motivacional: no se trata de hacernos evidentes para reivindicarnos ante los demás sino de ser puentes para el encuentro de cuantos nos rodean con el Dios de los evangelios. Ser sal y luz no es entrar en una especie de exhibicionismo, por más espiritual y digno que parezca. Implica un discipulado cargado de rotundidad y profunda sencillez.

.....

Hch 11,21b-26;13,1-3 • Sl 15 • **Mt 10,7-13**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «Id y proclamad que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis.

No llevéis en la faja oro, plata ni calderilla; ni tampoco alforja para el camino, ni túnica de repuesto, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento. Cuando entréis en un pueblo o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa saludad; si la casa se lo merece, la paz que le deseáis vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros.»

.....
 **El evangelio nos invita a discernir lo necesario de lo superfluo y a evitar toda relación de poder en el ejercicio de nuestra misión.**

Las actitudes cambian radicalmente cuando nos ubicamos como personas necesitadas que compartimos todo lo que tenemos. Ello implica un sentido de dependencia y a la vez de entrega sin límites desde una óptica de fraternidad y no de poder. Estamos ante el doble movimiento de la Hospitalidad: acoger y dejarnos acoger. No hay nada más deshumanizante que asistir al otro sin reconocerle su protagonismo, su capacidad de darse y de recibir.

.....

Is 52,13–53,12 • Sl 39 • Lc 22,14-20

Llegada la hora, se sentó Jesús con sus discípulos y les dijo: «He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer, hasta que se cumpla en el reino de Dios.» Y, tomando una copa, pronunció la acción de gracias y dijo: «Tomad esto, repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios.» Y, tomando pan, pronunció la acción de gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía.» Después de cenar, hizo lo mismo con la copa, diciendo: «Esta copa es la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros.»



La dimensión eucarística se hace presente cada vez que somos capaces de poner en segundo lugar nuestros intereses para presentarnos como servidores de los demás. Cuando así obramos, el “pan y el vino” que alimenta nuestras vidas se convierte en “pan y vino” de vida para los demás. Nos referimos a la entrega generosa, a la disponibilidad para servir, a la capacidad de darnos sin exigir nada a cambio, a comprometernos en ser constructores de fraternidad. El carisma Hospitalario, por estar centrado en la acogida y la entrega incondicional, es esencialmente eucarístico.

1Re 19,9a.11-16 • Sl 26 • **Mt 5,27-32**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído el mandamiento “no cometerás adulterio”. Pues yo os digo: El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior. Si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en el infierno. Si tu mano derecha te hace caer, córtatela y tírala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero al infierno. Está mandado: “El que se divorcie de su mujer, que le dé acta de repudio.” Pues yo os digo: El que se divorcie de su mujer, excepto en caso de impureza, la induce al adulterio, y el que se case con la divorciada comete adulterio.»



Sácatelo, córtatela, arrójala... son expresiones que nos invitan a ser protagonistas de una ética que nace desde lo más profundo de nosotros mismos y que nos exige el discernir nuestros impulsos y tomar las riendas de los mismos.

Si damos cobijo a pensamientos y sentimientos negativos, muy probablemente estaremos hipotecando la fidelidad a nuestros ideales.

Jesús no se anda con medias tintas al plantearnos que la única solución está en “sacar, cortar, arrojar” todo lo que, aún siendo secreto, nos conducirá poco a poco y sin remedio hacia donde no queremos.

1Re 19,19-21 • Sl 15 • Mt 5,33-37

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No jurarás en falso” y “Cumplirás tus votos al Señor”. Pues yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo pelo. A vosotros os basta decir “sí” o “no”. Lo que pasa de ahí viene del Maligno.»



Al parecer las componendas no son muy compatibles con el Evangelio.

Al mismo tiempo es verdad que las decisiones no siempre son fáciles. Lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo coexisten y esta dimensión poliédrica de la realidad hace que en toda opción debamos asumir un ámbito de riesgo.

Lo no asumible es terminar por no decidirnos, parapetados en la complejidad de las cosas.

En ocasiones echamos en falta la asertividad necesaria para tomar decisiones y sostenerlas. Jugamos a contentar a todo y a todos, enlenteciendo nuestros procesos personales y también institucionales.

Ex 34,4b-6.8-9 • Sl: Dn 3,52-26 • 2Co 13,11-13 • **Jn 3,16-18**

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Frase:

"No mandó a su Hijo para juzgar, sino para salvar".

Meditación:

El Dios trino y uno de los evangelios siempre nos amará, cualquiera sea nuestro pasado o presente. En Dios, el amor es identitario. No puede no amar. Dejaría de ser.

Está claro que la justicia misericordiosa es incomprensible y escandalosa para quien pretende resolverlo todo condenando en el mal a la persona responsable.

La Iglesia, y ella nosotros, estamos llamados a ser signos de contradicción a causa de una bondad que trasciende las condiciones humanas de la justicia.

Oración:

Señor, quiero nutrir mi compromiso fraterno desde tu forma de amar. Sabes que me cuesta reconocer la bondad intrínseca de las personas y que tiendo a confundirlas con sus obras.

Acción:

Identifico a alguna persona que me cuesta aceptar. Asumo que Dios la ama incondicionalmente y que me invita a hacer lo mismo.

